
LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

LA VERDAD RELIGIOSA

(CONTINUACIÓN)

Cándido.—Buenos días, Padre.—Buenos te los dé Dios, Cándido. ¿Has descansado?—Pues, así, así; no sé qué gusanillo se me ha metido acá en el alma que no me ha dejado en paz toda la noche, y me trae intranquilo y preocupado sin poder hacer otra cosa más que pensar y dar vueltas á cuanto V. me dijo: pero deseo que continúe con lo que ayer me iba á decir y no hubo tiempo.

Padre misionero.—Está bien: ya recuerdo lo que te iba diciendo. Te hablaba de esos señores y nuevos apóstoles que escriben los periódicos y que andan de pueblo en pueblo predicando un nuevo evangelio, que no es el de Jesucristo, y que á tí te han trastornado la cabeza y te han llenado el alma de dudas y de remordimientos: y te decía de ellos que no eran tan desinteresados y tan amantes del pueblo como parece y como ellos dicen á cada paso: que viven en las ciudades en grandes palacios: que tienen mucho dinero y están llenos de regalos; y ¿qué beneficios has visto tú que hayan hecho al pueblo? ¿qué hospitales fundan ó qué iglesias? y ¿qué escuelas ó colegios para que enseñen á vuestros hijos? ¿qué dinero os reparten cuando vienen á los pueblos? ¿os dan siquiera alguna hogaza de pan? Alguna vez os convidarán á beber un trago en la taberna ó cuando más os entregarán un puñado de pesetas allá por las elecciones y eso no por gracia, sino con su cuenta y razón, para que les déis el voto y los hagáis diputados y los encumbréis; y esto es lo que ellos buscan, que no el bien de la gente. Después que lo hayan conseguido

no se acordarán de vosotros más que para echaros las contribuciones é impuestos.

Los periodistas con sus periódicos hacen otro tanto: de lo que tratan es del negocio, que lo que es el pueblo poco les importa. Mandan los periódicos á todas partes y los cobran muy bien, sacan mucho dinero y lo pasan en grande. Además, como ellos dicen que llevan la voz del pueblo, que el pueblo desea y quiere cuanto á ellos se les antoja pregonar, sin que nadie les haya dado semejante comisión, con esto se dan grande importancia y conquistan altos puestos y oficios; de este modo se sirven para sus medros personales. Ved, pues, á lo que contribuís todos los que leéis los malos periódicos y hacéis caso de los oradores de los mitins y les dais vuestros votos en las elecciones.

Y no es esto lo peor, lo más grave es que os hacen malos cristianos pervirtiendo vuestras costumbres y arrancan de vuestras almas la fe y la religión apartándoos de la Iglesia que es camino de salud y vida eterna. El intento de esos hombres, como dijo un impío, es apagar las luces del cielo, que es matar vuestras creencias y la fe y esperanza que tenemos en Dios y en la otra vida: que no miréis al cielo, que es lo que nos contiene y alienta en el cumplimiento de nuestros deberes cristianos. Esto no siempre lo dicen con esa crudeza, pero ese es el fin que persiguen. Quieren degradar al pueblo y convertirlo en un rebaño de bestias para manejarlo á su antojo. Inmensos son los daños que los malos periódicos causan en las almas y que acarrearán la perdición de tantos cristianos. ¡Quién tuviera lágrimas para llorar tanto mal como hace la prensa impía con los malos periódicos y revistas! ¿Quién podrá remediar tanto daño?

Cándido.— Ya voy comprendiendo lo que son los periódicos y los oradores de los mitins y los fines que se proponen en sus campañas. Hasta ahora vivía en un grande error: yo creía cuanto dicen los periódicos y no me imaginaba que quisieran engañarnos ni abusar de la buena fe del pueblo; los tenía por salvadores de la humanidad como ellos mismos se nombran muchas veces. Tenía una fe tan ciega en los periódicos que me bastaba ver una cosa escrita en letras de molde para darle entero crédito. Pero, dígame, Padre, ¿cómo es que permiten esos periódicos que hablan mal de la religión y que escarnecen de los dogmas y leyes de la Iglesia? Y ¿por qué los mandan á los pueblos donde todos somos cristianos

católicos, que amamos la fe que nos enseñaron nuestros padres y queremos morir en ella?

Padre misionero.—Conozco muy bien, hijo mío, el flaco del pueblo, que es su sencillez y buena fe, de la que abusan los malos para extraviarlo y pervertirlo, y hay que abrir los ojos para que veáis las celadas y no caigáis en los lazos de perdición que os tienden. Se dicen esos hombres salvadores de la humanidad; pero ¿de qué la salvan? ¿salvan por ventura alma, vuestro cuerpo ó vuestras haciendas? ¿os libran acaso de la pobreza y miseria haciéndoos más ricos y felices de lo que érais? Nada de eso hacen: lo que sí consiguen es perder vuestras almas y llevarlas al infierno, de donde ni los periódicos, ni los políticos, ni los oradores, ni los poderosos de este siglo, ni todos los hombres de este mundo os podrán librar. El único y verdadero salvador que tenemos es Jesucristo, que dió su sangre y su vida por nosotros, nos redimió del pecado y del infierno y nos abrió las puertas del cielo. Así nos lo enseña el apóstol San Pedro: «No hay ningún otro, nos dice, más que Jesús en quien podamos ser salvos»: de todos los demás debemos decir con el profeta: «Maldito el hombre que confía en otro hombre».

No me admira lo que dices que crees como verdad cuanto ves escrito en letras de imprenta; ese es un error muy grande y muy funesto en que está la mayor parte de la gente del pueblo. Tiene la gente rústica—y aun mucha que no lo es—tan alta idea de la imprenta, que la cree insuperable y que todo lo que sale de ella es bueno y santo. ¡Cuán lejos están de la verdad! Si cuanto hoy se escribe y vomitan las prensas de todo el mundo, sobre todo en materias religiosas, se pesara en la balanza del santuario, ¡cuán pequeñísima parte se encontraría justa y cabal! No parece sino que se ha inventado la prensa para difundir el error y el vicio y extender las tinieblas por todo el mundo. ¿Qué de libros impíos é inmorales no se publican? ¿Qué sinnúmero de periódicos irreligiosos llenos de blasfemias contra Dios y su Iglesia? No pudo el infierno inventar un auxiliar más poderoso para el mal y para la perdición de las almas que esa prensa venal y corrompida. Lo que debiera ser un medio poderosísimo para difundir la verdad y el bien lo han convertido los malos en instrumento de perdición y de ruina. Antiguamente, en países católicos, nada se imprimía que no fuese revisado y aprobado por autoridades competentes que velaban porque no llegasen

al pueblo malas doctrinas que pudiesen pervertirle en su fe y costumbres: hoy no sucede así por desgracia con las funestas libertades de pensamiento y de imprenta, que son una verdadera calamidad de las modernas sociedades; todo el mundo puede lanzar al público cuantos errores y herejías se le antojen sin que nadie le vaya á la mano. De ahí ese diluvio de libros, revistas y periódicos impíos é inmorales que amenazan anegar la tierra y acabar, si pudiesen, con la religión y con la Iglesia. No podrán, porque Jesucristo la sostiene y asiste y nos ha dicho que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella y que con nosotros estará hasta la consumación de los siglos. Pero dejemos por hoy esta plática, que se va alargando demasiado: otro día la continuaremos.

EL PAN DEL CIELO

EL Jueves Santo conmemora la Iglesia la institución del Santísimo Sacramento. Por eso en aquel día, con ser y todo día de luto, se celebran solemnísimamente los oficios de la mañana, el pueblo se acerca á la mesa del Señor, y con el fin de retratar más al vivo la última Cena, no se dice más que una misa, en la que todos los sacerdotes reciben la comunión del celebrante, como los apóstoles la recibieron de Jesús. Esta era la única fiesta especial con que hasta mediados el siglo XIII se honraba al divino Sacramento.

Jesús quería que, además de esta fiesta, en la cual tiene muy gran parte el recuerdo de la Pasión, se celebrase otra en honor de la sagrada Eucaristía exclusivamente; y este deseo reveló á una santa religiosa que moraba junto á la ciudad de Lieja. Después de muchas contradicciones y vicisitudes insuperables de toda empresa nueva y santa, la fiesta que Jesús deseaba fué instituída por el Papa Urbano IV, quien ordenó se celebrase en toda la Iglesia con gran solemnidad en el jueves siguiente á la octava de Pentecostés. Los fieles secundaron gozosos las órdenes del Papa; y pronto el *Corpus Christi* llegó á ser, como es hoy todavía, la fiesta con mayor pompa celebrada en el cristianismo.

En este día todo es regocijo santo. Los templos se llenan de corazones ansiosos de alabar á Jesús; entre alegres y fervorosos cánticos lo llevan por calles y plazas tapizadas de flores, adornadas con riquísimos damascos que cuelgan de los muros; y una apiñada lluvia de rosas cae incesantemente sobre la triunfal carroza de plata y pedrería donde va el Señor bendiciendo á la muchedumbre. El niño, el joven, los hombres de todas las clases y condiciones lo adoran cuando pasa, y lo adora también la nación entera, tendiendo por el suelo, para que sirva de alfombra al Rey de reyes, la bandera de la patria, esa bandera que ante los hombres jamás fué prosternada.

Pero la fiesta se ha terminado. Los hombres tornan á sus quehaceres, á sus diversiones, y no vuelven á acordarse más de Jesús. Y El, sin embargo, está siempre en el templo, porque le tengamos cerca de nosotros; y allí se ofrece á su Padre en sacrificio por los hombres; y desde allí nos está llamando continuamente al convite dulcísimo que nos tiene preparado ¿Por qué, pues, no entramos á menudo en los templos, siquiera sea tan sólo para saludar á Jesús, como lo hacen entre sí los buenos amigos? ¿Por qué no acudimos con más frecuencia á recibir los frutos del sacrificio de Cristo? ¡Cómo debe apenar á Jesús esta descortesía é indiferencia!

Pero quizás le apenará más hondamente la tardanza con que nos acercamos á la sagrada mesa. Porque al fin, la mayoría de los cristianos asisten á misa cada semana, por lo menos, y van muchos otros días á visitarle. Mas á la comunión sagrada, ¿cuántos acuden? La mayor parte comulgan una, dos, tres veces al año solamente; los que comulgan cada mes son ya tenidos por devotos. Y Jesús está llamándonos continuamente. «Venid, dice El, comed este pan, bebed este vino que para vosotros he preparado». Mas nosotros, ó bien porque, acostumbrados á los corrompidos manjares del mundo, sentimos náuseas al recibir este manjar del cielo, ó bien por creer erradamente que el llamamiento de Jesús se dirige sólo á las personas santas, no le escuchamos ni acudimos á la mesa de los ángeles, sino cuando el precepto ó la rutina nos obligan.

No lo hacían así los primeros cristianos, más fervorosos que nosotros. Todos los días asistían á la santa misa, y en ella comulgaban todos después del sacerdote. Así se hizo durante casi cuatro siglos; mas la disminución de la piedad en

el pueblo, y más tarde el influjo de los herejes jansenistas, que pedían disposiciones extraordinarias para acercarse á la sagrada comunión, produjeron en la masa del pueblo cristiano una espantosa indiferencia con respecto á este Sacramento. Los maestros espirituales, los Pontífices, los Concilios no cesaban, con todo, de recomendar la frecuente comunión: veían las inefables gracias que provienen á los fieles de recibir la santísima Eucaristía.

Ella es realmente nuestra vida, nuestra fortaleza, nuestro consuelo.

Consistiendo, en efecto, la vida cristiana, según dice la Escritura, en asemejarnos á Dios, en unirnos con El, en participar de la naturaleza divina, ¿qué medio ha de haber más eficaz para fomentar esta vida que el Sacramento inefable, en que se nos comunica el mismo Dios. «He venido, decía Jesús, para que los hombres tengan vida y vida en abundancia». Y el medio de que quiso servirse para hacernos participantes de esa vida misteriosa fué alimentarnos con su propia sustancia. «Yo soy, dijo, el pan de vida que baja del cielo; y así como Yo vivo con la vida del Padre, que me envió, así quien me comiere vivirá con mi vida». Si acudiéramos á la mesa eucarística con frecuencia, la sangre de Jesús, al correr de continuo por nuestras venas, nos nutriría abundantemente; el Espíritu de Jesús, con su virtud omnipotente, nos transformaría con rapidez extraordinaria, y hechos una cosa con nuestro Dios, porque «quien se une con Dios se hace un espíritu con El, llegaríamos á percibir claramente los efectos de esa admirable deificación, en que consiste la vida cristiana. Mas por no hacer caso de acudir al convite divino, un número incontable de almas deja perecer el germen de vida sobrenatural que Dios depositó en ellas por medio del Bautismo, al paso que en otras permanece infructuoso ó se desarrolla con lentitud y trabajo. Es cosa que todos los días palpamos. ¡Cuántas almas muertas, cuántos espíritus macilentos y raquíuticos pueblan las grandes naciones cristianas. Lo había dicho ya Jesús: «Si no comiereis la carne del Hijo de Dios y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros».

No solamente se nos da en este Sacramento abundancia de vida; se nos comunica también valor para resistir á los fieros enemigos, que á todas horas procuran despojarnos de ella. Elías huye acosado por la impía Jezabel; y ya sin fuerzas se tiende al pie de un árbol para dejarse morir. «Leván-

tate y come», le dice un ángel. El Profeta se levanta, come por dos veces del pan que á su lado encuentra, y, confortado con el manjar misterioso, camina animoso hasta llegar al monte de Dios. Así es nuestra vida. Si no comemos el pan celestial, no ya una vez al año, sino repetidas veces, como el santo Profeta, es casi seguro que caeremos. ¡Son tan poderosos nuestros enemigos! El mundo con sus halagos, con sus desprecios, con sus malos tratamientos influye poderosamente en el corazón de los pobres mortales. Pero si Jesús habita en nosotros, nos embelesará con sus caricias y dulzuras inefables, y despreciaremos el mundo de buen grado. Y Jesús habita en nosotros si comulgamos. «Quien come mi carne y bebe mi sangre, ha dicho El mismo, ese está en Mí y Yo en él. ¡Qué bien sabían esto los fieles de los primeros tiempos! Cuando la persecución amenazaba sus cabezas, reuníanse todos en las iglesias subterráneas, y, acabados los divinos misterios, que allí celebraban con efusiva devoción, recibían en blancos lienzo, de manos del presbítero, el sacratísimo cuerpo de Jesús y lo llevaban á sus casas para poder comerlo á menudo y, sobre todo, en el momento de la lucha. Así pudieron ellos vencer al mundo.

Habitando Jesús en nosotros, nos defiende también del demonio. ¿Cómo se ha de atrever éste á acercarse á quien tiene á Dios consigo? «Como león que arroja llamas por su boca, así es terrible para el demonio el cristiano que acaba de comulgar», dice San Juan Crisóstomo.

Y hasta de los más embozados peligros que de nuestra misma naturaleza tenemos que temer nos defiende maravillosamente la sagrada Eucaristía. Es maravillosa la virtud que este Sacramento tiene para amortiguar los apetitos extraviados. Quien lo recibe, adquiere vigor y lozanía perdurable y exuberante, como dice Santo Tomás, de carismas espirituales, aborrece los ponzoñosos manjares de que tan hambriento está el hombre carnal. Así lo había prometido Jesús, diciendo: «Quien comiere de este pan, no volverá á sentir hambre».

Si recibimos á Jesús con frecuencia, tendremos también un consolador en nuestras penas. A nadie faltan momentos de pesar. A todos, más ó menos, nos llegan esas horas de profunda tristeza, de congojas indecibles que ningún consuelo humano es capaz de aliviar. Si Jesús habita entonces con nosotros, nada temamos; porque El ha dicho: «Venid á Mí

todos los que estáis afligidos, que Yo os consolaré». ¡Desgraciados los que no creen! En sus desconsuelos no saben volver los ojos más que á la desesperación y á la muerte.

Si más razones no hubiere, las sobredichas serían ya sobradas, yo creo, para que nos acercásemos al Sacramento del altar con frecuencia. ¿Y por qué no todos los días? ¿No tomamos todos los días el sustento corporal? Jesús no se disgusta por eso: lo desea ardientemente. «Mis delicias, dice, son estar con los hijos de los hombres. A la puerta de sus almas estoy Yo llamando de continuo». Tampoco es razonable que nos alejemos del altar por nuestros defectos.

Por estar fríos no hemos de huir del fuego, y el estar débiles no debe servirnos sino de estímulo para buscar nuestro alimento. Con tal que estemos en gracia, y no lo hagamos por rutina ó vanidad, sino con intención recta, ningún inconveniente hay en comulgar cada día, cualquiera que sea nuestro estado y condición. Más: ninguno puede impedirnoslo en este caso, ya que el actual Pontífice Pío X, que «vivamente desea ver al pueblo cristiano comulgar con muchísima frecuencia y hasta diariamente», así lo ha determinado.

Sin embargo, dice el Papa, la comunión frecuente y diaria debe hacerse, para que tenga más mérito, con consejo del confesor, que tendrá mucho cuidado en no alejar de la sagrada mesa á los que estén en gracia y tengan rectitud de intención. Estos, por su parte, procurarán una preparación cuidadosa y conveniente acción de gracias; porque, aunque los sacramentos de la ley nueva produzcan su efecto por sí mismo, lo causan más abundante cuanto mejores sean las disposiciones de aquellos que los reciben.

Respecto á los enfermos, no quiere el Papa que dejen la comunión por no poder guardar el ayuno natural; y así ha dispuesto que si llevan *un mes* de enfermedad, y no hay esperanza de que recobrarán pronto la salud, podrán, á juicio del confesor, aun *después* de tomar algún alimento *por modo de bebida*, comulgar una ó dos veces por semana, si viven en piadosas casas donde esté el Santísimo reservado ó haya oratorio en que se celebra la misa; y una ó dos veces por mes en caso contrario. De esta dispensa puede gozar no sólo el que materialmente se halle en cama enfermo todo el mes, sino también el que se levante algunas horas al día, con tal que esté en las condiciones que se acaban decir. Y al decir

por modo de bebida, quiere decirse que se puede tomar caldo, café, leche ú otros alimentos líquidos, aunque se les mezcle pan rallado ú otra sustancia, con tal que permanezca líquida la mezcla. Todo son facilidades para que acudamos á menudo al banquete divino. Y no sólo á los mayores de edad, sino también á los niños que hayan ya hecho su primera comunión, quiere el Papa que se permita la frecuencia de este Sacramento; para que antes de que sean asaltados por las pasiones, adquieran fuerza para vencerlas. Si están en gracia, tienen intención recta y su primera comunión ha sido hecha con el consejo de sus padres y confesor, tienen las condiciones suficientes para recibir frecuentemente al Señor sacramentado. ¡Y qué gozo debe experimentar Jesús al ver los niños llegarse á su convite! ¡El que tanto los amaba y quería que les dejaran libremente acercarse á sí mismo!

Dejemos, sí, á los niños acercarse á Jesús; y acerquémonos también nosotros cuantas más veces podamos, si queremos tener vida, vida vigorosa, vida feliz.

FR. B. O.

FISONOMÍAS DE SANTOS

EL APÓSTOL SAN PABLO

SON los Santos la luz del mundo y la sal de la tierra, la honra del género humano y su más bello adorno. Sin ellos la tierra no produciría más que abrojos, y nuestra raza, sin santos, carecería del sello de lo divino. Dios, que nunca cesa de alumbrar á la Humanidad con nuevas luces, ni de dar á su Iglesia timbres de gloria y muestras de vida, envía en todos los tiempos esos séres extraordinarios para que sean testimonio auténtico de lo sobrenatural, modelos humanos de vida sobrehumana, estímulo de nuestra flaqueza, promotores de la perfección religiosa. El fuego del amor divino que Jesús vino á traer al mundo se amortiguaría y aun quizás se extinguiría si los santos, de vez en cuando, no se encargaran de reanimarlo. La existencia de santos en la Iglesia católica forma parte de aquella providencia y ayuda especial que Dios le tiene prometida, y es, á la vez, prueba fehaciente de la santidad de la misma Iglesia. Y,

¿quién contará los santos y quién medirá los tesoros de inocencia y caridad que en tantos corazones puros estuvieron escondidos? Cada santo es un tesoro oculto, y el aquilatar su valor, obra más que difícil, porque cuidadosamente procuran ocultarse. Sus obras, sin embargo, denuncian su interior, y el aroma de sus ejemplos, revela la preciosidad de su espíritu.

Los santos tienen todos los dones y todas las virtudes; la gracia que hermosea sus almas despliega todos sus atavíos; Dios, que vive en su corazón, les comunica todos sus carismas. No todos, sin embargo, son iguales, ni todas las virtudes se revelan con igual intensidad. Como en el orden natural cada hombre suele tener una aptitud predominante, también en el orden sobrenatural cada santo suele distinguirse por alguna virtud ó dón particular. Esto forma su distintivo, su nota característica; le rodea de cierto nimbo particular de gloria y lo presenta á la piedad cristiana. Así se pueden formar ramilletes de vidas cristianas, con flores á cual más peregrinas; así se conciben las fisonomías de santos, que son las fisonomías más puras y nobles de que se puede gloriarse nuestra especie.

Quisiera la pluma grandilocuente de Granada ó la aristocrática y tersa de Rivadeneira para poder bosquejar siquiera la figura incomparable del Apóstol, para evocar el recuerdo del que es primera columna de la Iglesia, para penetrar en el interior de San Pablo y presentar á los ojos de los cristianos de ahora, un modelo de amor ardiente y sin límites á Jesús, Redentor del mundo. El celo abrasador por la honra de Jesucristo, un ansia devoradora de llevar su conocimiento á todos los hombres é inflamar todos los corazones en su amor, es el distintivo de la santidad del Apóstol. San Pablo era impetuoso y vehemente, no conocía la tibieza y flojedad, trabajaba con ardor y tesón, por lo que él creía honra de Dios. Educado en la ley de Moisés, imbuído en las máximas de los fariseos, creyó de su deber perseguir á los cristianos y acabar con una raza que él creía contraria á Moisés. Pero Dios tenía dispuesto disipar las tinieblas de su espíritu generoso y recto; cuando más furioso persigue á los cristianos, una luz deslumbradora le derriba del caballo; Jesús se presenta ante sus ojos y le interpela con majestad infinita: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Pablo, aterrado, pregunta humilde: ¿quién sois vos, Señor? Yo soy Jesús, á quien tú persigues. Desde este momento cambia todo en la vida de

San Pablo; se pone, desde luego, á las órdenes de Jesús y sabe que en adelante tendrá que llevar este nombre que tanto había aborrecido á todos los reyes y pueblos. En adelante todo serán proyectos de viaje, de misiones, de conquistas para Jesucristo; aunque sea el último de los Apóstoles, trabajará como el primero; recordará él mismo que primero fué perseguidor y que blasfemó de tan santo nombre; y por eso redoblará su celo para resarcir con creces el tiempo perdido. Se creará deudor á todos, ansiará por ganar á todos, pensará como otro Alejandro si habrá otros mundos que conquistar, no para sí, sino para Jesucristo. Este será su único pensamiento, este su sueño, esta su comida, esta su bebida. Jesús le había robado el corazón y suspendido todas las potencias; en un éxtasis maravilloso le reveló los secretos de los reinos de los cielos y le dió á conocer toda su hermosura de Dios, crucificado por nuestro amor. San Pablo no había visto al Redentor en su vida mortal, no había escuchado sus enseñanzas; con todo le conocía perfectamente y penetraba de un modo sobrehumano los misterios de la Redención. Todo esto se lo reveló Jesús en sus apariciones. San Pablo es por sí sólo una apología del Cristianismo. —Este hombre de gran cultura, de carácter invencible, lleno de odio á los cristianos, convertido de repente al Cristianismo por una aparición del mismo Jesús, trabajando luego sin cesar por la gloria de este nombre y muriendo por testificar su divinidad, es un testimonio humanamente irrecusable. Bien lo conocieron los judíos, y por eso quisieron deshacerse de tan terrible adversario. Pero Dios había dicho que llevaría su nombre á muchos pueblos y reyes y así tenía que cumplirse. Tenía que recorrer muchas tierras, pasar muchos mares, fundar muchas iglesias, enseñar muchas gentes, saciar sus deseos de padecer por Jesús. Cuando esto estuviera cumplido, podría, como buen soldado, dar su carrera por concluída, morir por la causa que había defendido y volar á unirse con Jesús, por cuya presencia tanto había suspirado. Una de las aberraciones modernas, es decir que los Apóstoles no tenían de Jesús una idea tan elevada como nosotros. Leyendo á San Pablo, que contempló á nuestro amable Redentor en la gloria de su Padre, se ve que tenía de él una idea tan elevada, que todas las nuestras son bien ruines y pura ignorancia. Y si este argumento es demasiado hondo, por lo mismo que no podemos comprender toda la profundidad de San Pablo; fijémonos en lo que hizo por Jesucristo, en lo que padeció por su amor,

en su celo ardiente, devorador, insaciable por traer todos los hombres á la fe en su divinidad, y por ahí veremos si tenía idea altísima de Jesucristo.

San Pablo es el hombre de todos los tiempos, de todos los lugares, de todas las personas. A San Pablo todos le somos deudores, su celo inflamará los apóstoles de todos los siglos, su ciencia alumbrará los teólogos de todos los tiempos; su amor tierno, incondicional, sin límites á Jesús, será un aviso á todos los cristianos; los suspiros por dejar el cuerpo y unirse con Jesús, serán repetidos por las almas místicas d-ahora y siempre, y su conversión admirable, milagrosa y sino cerísima, estará clamando á todos los extraviados é invitán- doles á entrar en el camino de la vida, que es Jesús, Dios y hombre verdadero.

EN LA PEÑA DE FRANCIA

DESCRIPCIONES

SOBRE un elevado risco, que de la gran cordillera car- petovetónica, magníficamente recortado en el horizon- te se desprende, en el vértice del ángulo en que limi- tan las provincias de Salamanca y Cáceres, quiso sentar sus plantas, en siglos ya remotos, la soberana Reina de los cielos. Mil setecientos veintitrés metros se eleva sobre el nivel del mar Peña de Francia, figurando en el mapa geográfico como vértice geodésico de primer orden, y unos mil próximamente sobre el plano medio de la provincia salmantina. Buscar so- bre la tierra un trono más grandioso y más digno de tan Au- gusta Señora sería empresa imposible.

El círculo del horizonte inmenso que levantando un poco los ojos desde Peña de Francia se descubre, domina por el Sur toda la provincia de Cáceres hasta los altos picos de las Villuercas que en los extremos de esta provincia se levantan. Volviendo luego hacia el Este queda la vista interrumpida en una distancia más corta por la elevada sierra de Béjar, que ofrece en sus hendiduras, hasta muy entrado el verano, el espectáculo refrigerante de sus casi perpétuas nieves. Des- pués, la sierra de Gredos va dibujando sus perfiles, finos ó brumosos según los días, en líneas que se alejan hasta lo in- finito. Y por esas líneas limitadas, la manchada planicie sal-

mantina, con sus históricas dehesas, con sus inmensos encinares y sus campos silenciosos, hasta la elevada meseta de Macotera, Santiago de la Puebla y Peñaranda y gran parte de la provincia de Avila.

Después, girando de nuevo hacia la izquierda y con el auxilio de poderosos lentes, Medina del Campo con su campiña culminante. Y sigue, y sigue mucho más aún descubriéndose de la provincia de Valladolid; y una extensión difusa, correspondiente acaso á las últimas provincias castellanas. Toda la provincia de Zamora viene luego; la estratégica villa de Benavente, y un horizonte casi siempre turbio y oscuro por las interpuestas brumas del Duero. Y por fin, llegando al Occidente, las sierras de Portugal, cuyo altísimo pico de la Estrella, en los días claros, proyecta finamente su perfil sobre el cielo puro del Atlántico.

Bajando ahora un poco la vista, los alrededores de la Peña no pueden ser más hermosos. Primero, el inmediato y encantador vallecito de Batuecas, con sus edenales recuerdos de ultraterrena poesía; con sus añosos cipreses y sus monásticas grutas; y sus historias tiernísimas, conmovedoras, celestiales... en aquellas grutas medio derruidas y en aquellos nosrálgicos cipreses moradoras perpétuas aprisionadas. A la derecha, las Hurdes... vistas desde lejos y á vuela pájaro, arabesco gracioso de infinitas líneas que se cortan, con sus colinas infinitas y sus infinitos valles; desde cerca... hablaremos otro día, que no es poco lo que hay que hablar de sustancia y tal vez de pocos conocido. Y al otro lado la Sierra, la Sierra verdadera y por ántonomasia, la cuenca del río Francia, que por el Alagón lleva sus aguas al Tajo, con sus pintorescos pueblecillos, rodeados de viñedos y frutales, que hacen recordar con delicia los de las provincias del Norte y sus frescas pomaradas. Y girando un poco más y á nuestros mismos pies, la frondosa vega en que tiene el Yeltes sus orígenes, con las rojizas manchas de sus diminutos pueblecillos y las verdes y pobladas dehesas de Zarzosillo y Zarzoso. Y luego las lagunas de Tamames y la del Cristo, en las cuales brilla, por las noches claras, la luna, que se mira en ellas deleitándose. Y luego las fuentes y el torcido curso del Agueda, que marcha presuroso por besar á Ciudad Rodrigo en los rocosos cimientos de su bélica coraza. Y luego el campo de Argañán; y luego... Sería nunca acabar querer nombrar solamente cuanto llega á descubrirse desde este mirador incomparable.

Pues los soberbios, sublimes espectáculos de los días de niebla, de los días de tempestad... un libro y muchos libros fueran poco, escritos por hábil pluma. Pero es mejor aún verlo y vivirlo todo este cúmulo de inmensa poesía, para el que tiene un alma capaz de sentir las deleitosas vibraciones de la belleza pura.

*
* *

Sobre escabel tan magnífico y rodeado de tan soberbio panorama, asienta su palacio la Emperatriz de los cielos. Palacio suntuoso fué verdaderamente en otros días, cuando la católica España llevaba sus amores y sus glorias hasta los últimos fines de Oceanía y América; y en su corazón y en su lengua el nombre venerado de su Estrella Protectora, el nombre queridísimo de la Virgen Castellana.

Por esto tiene aún en Méjico santuarios y en el Perú y en Colombia y en el mundo entero la española Virgen de estas sierras. Y á otro santuario suyo que en Filipinas fundaron, quisieron rodearle de los mismos pueblos y con los mismos nombres que los que en esta región de la provincia salmantina tiene la bendita Peña de Francia. Y así fundaron en aquellas islas nuevas Albercas, Maillo, Nava de Francia, Cabaco, etc., etc.

Llegó al fin el turbión revolucionario del pasado siglo XIX, sin ojos de entendimiento para ver, sin alma para sentir... Y ni perdonó á Dios ni á los hombres, ni se perdonó á sí mismo, cerrados sus sentidos por completo á los toques de la Fe y la Religión, como así mismo cerrados á los suaves toques de la belleza. Y al llegar el siglo del vapor á sus postrimerías (quédese para otro día la historia), quedaban sólo en Peña de Francia ruinas y destrozos, emblema providencial de los destrozos y las ruinas en que llegó á parar la España de los siglos anteriores, hecha girones su bandera y dispersados á los cuatro vientos como pavesas leves por las cinco partes del mundo.

Hoy España, la verdadera España, parece resurgir de su letargo. No hace mucho todavía que dejó sentir el León ibero su rugir terrible ante la amenaza de una ley con que se profanaban sus hogares, haciendo temblar de espanto á los parásitos viles que entre sus melenas despobladas viven todavía de su sangre. Y ahora en nuestros días ¿no oís el concertado clamoreo de las *regiones*, que en un despertar dichoso y sintiendo aún en sus venas sangre española, por España y

por sí mismas, quieren ya romper los torpes lazos con que estuvo aprisionada, lazos con los cuales como á rebaño indefenso nos condujeron á la ruina...?

Mas la noble Salamanca ¿dónde está? Castilla, Extremadura ¿dónde están? Estas centrales regiones que fueron y serán, pues deben serlo, el firme corazón de nuestra patria, parecen todavía silenciosas. En provincias, en municipios sin personalidad, sin vida, en verdaderos átomos disueltos, sin alma común ni espíritu social que á unidades fuertes las reduzca, que las impulse y vivifique, y olvidadas de su antigua y proverbial nobleza, de su hazañosa hidalguía, parece gravitar sobre ellas la losa inmóvil con el fatídico epitafio: Aquí fueron...

Pero no; también los árboles desnudos, al salir de un invierno riguroso, parecen mudos esqueletos, sin el vibrante aleteo de su estival follaje mecido por la brisa. Mas estando viva la raíz, por su interior circula poderosa savia, que romperá en flores y frutos á la primera ráfaga del sol de Primavera. Así Castilla; así España. Harta de pesimismo y fracasos que como agua bebió tan largo tiempo dejando á sus caciques conducir el carro de sus gloriosas riquezas, tan sólo necesita por ventura una ráfaga de sol que reanime sus miembros y ponga en movimiento su savia.—Ese tu sol es tu Fe, Castilla, Extremadura, España, ese tu sol es tu Fe, la robusta Fe de tus mayores, origen de todas sus empresas é inagotable fuente de energías.

Las leyes sin vosotros nada valen. Vosotros, castellanos, sin un principio superior que caldeé la sangre en vuestras venas, que encienda vuestro corazón y os capacite para la lucha, para el martirio ó la victoria, tampoco valéis nada: vil rebaño que ante la vara del pastor se atemoriza, sóis carne de cañón, perpétuo cebo de todos los tiranos, desde el *tirano pulga*, por otro nombre cacique, hasta el tirano relumbrón *mayoría democrática*. Con un amor levantado, con el fuego sagrado de la religión dentro del pecho, que lleva en sí todos los grandes amores y sin el cual sólo queda rastrero y acomodaticio egoísmo, lo sóis todo, lo podéis, lo valéis todo. Cuando volváis á amar con delirio como en otros días, salmantinos, á la Morena virgen de vuestras sierras, entonces comenzaréis una nueva vida, seguramente rica en prosperidades.

FR. A. G. M.

SECCIÓN DE NOTICIAS

Circular importante.—El Sr. Méndez Alanis, actual jefe supremo de la Policía, ha enviado al personal sujeto á sus órdenes una importantísima circular, en la cual se manda á los Agentes de policía perseguir con celo y discreción la blasfemia. Aplaudimos de corazón al dignísimo Jefe, que ha llenado un vacío, por todos sentidos. La blasfemia es un pecado, y un pecado gravísimo, y, sin embargo, pasma la frecuencia con que públicamente se comete. Hace algún tiempo leíamos, no sin amargura de nuestra alma, que España era la nación en que más se blasfemaba, y que, entre las diversas regiones en que nuestra nación se divide, ocupaba lugar preferente la de Castilla.—Las personas cultas y bien educadas, aun cuando nada tengan, por otra parte, de religiosas, se abstienen de tan torpe vicio por educación, por el bien parecer; conceptuando la blasfemia como un lenguaje propio de personas bajas y degradadas. Hay, desgraciadamente, muchos que usan tan pestilencial lenguaje por parecer *hombres*. ¡Infelices!

Cuando piensan darse, como vulgarmente se dice, *tono*, no hacen otra cosa que desacreditarse, dándose á conocer como hombres sin educación y sin vergüenza, y, no digamos ya, sin religión. De desear sería que tuviera fiel cumplimiento la circular del Sr. Méndez Alanis, á quien felicitamos por tan acertada disposición.

Canonización de un español.—Ante enorme concurrencia de peregrinos españoles, portugueses y austriacos, y con la asistencia de varios Obispos españoles, tuvo lugar en Roma, en los últimos días del pasado mes, el acto, verdaderamente conmovedor, de la solemne canonización del Beato José Oriol, oriundo de España.

Después de la canonización del nuevo Santo, S. S. Pío X recibió en una de las salas del Vaticano á dos mil peregrinos españoles, que con tal motivo habían acudido á la Ciudad Eterna, y los bendijo cariñosamente, lo mismo que á nuestros jóvenes Reyes. A dicha recepción se hallaron presentes el Cardenal Vives y Tutó, los Arzobispos de Granada y Tarragona y otros siete Obispos españoles.

Una conversión.—Va siendo bastante ordinario echárselas de anticatólico y de anticlerical á trueque de pasar por hombre ilustrado. Parece ser que, para muchos, el ser católico y practicar sus creencias es como una antigualla y signo de pequeñez y de rebajamiento moral é intelectual. Pues bien, los que así piensan deben tener presente que, los que más procuran imbuirles de tan perniciosas y absurdas ideas, son los primeros en arrepentirse de su proceder cuando se ven próximos á la muerte. Señal evidente de que no estaban muy convencidos de lo que á otros predicaban. Ejemplo, entre los muchos de que frecuentemente da noticia la prensa, le tenemos en D. Joaquín López, director del *Radical*, periódico revolucionario que se publica en Valencia. Dicho señor, que durante su vida persiguió duramente á la Iglesia y á sus ministros, al verse en un Hospital y próximo á la muerte, abjuró todos sus errores y se reconcilió con la Iglesia, poco antes de morir, en el pasado mes de Mayo.

AL GLORIOSO
SANTO DOMINGO DE GUZMÁN

GLORIA PRECLARA DE ESPAÑA

APÓSTOL INFATIGABLE

IMPUGNADOR HERÓICO DE LA HEREJÍA

FUNDADOR

DE LA ORDEN DE PREDICADORES

Y DEL

SANTÍSIMO ROSARIO

DEDICA ESTE NÚMERO

DE

“La Verdad Religiosa,”

LA REDACCIÓN.



AL GLORIOSO

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN

GLORIA PRECLARA DE ESPAÑA

ORDEN DE S. DOMINGO

IMPRESOR MENONDE DE LA HEREDIA

LOGROÑO

DE LA ORDEN DE S. DOMINGO

N.º 1

SANTISSIMO ROSARIO

ORDEN DE S. DOMINGO

“En la Orden de S. Domingo”

LA REDACCION

